

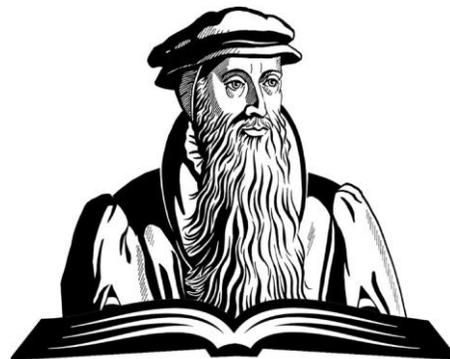
Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

**LA LEY DEL AMOR
EN LA IGLESIA**

Conferencia 3

Los fuertes y los débiles en la fe



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

John Knox Institute of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

© 2021 by John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, con fines de lucro, salvo en citas breves con fines de revisión, comentario o investigación, sin la autorización escrita del editor, John Knox Institute, PO Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de la versión Reina Valera 1960.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. A. T. Vergunst es ministro del Evangelio en la Reformed Congregation de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación de la Reformed Congregations of New Zealand.

www.rcnz.org



Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

LA LEY DEL AMOR EN LA IGLESIA

1. Introducción
2. Tres principios para la armonía
3. Los fuertes y los débiles en la fe
4. Las instrucciones del Rey para los fuertes
5. Las instrucciones del Rey para los débiles
6. Conclusión y exhortación



Bienvenidos, queridos amigos, a este tercer estudio sobre el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad. Estamos viendo este material en Romanos 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. En nuestro estudio anterior, habíamos revisado tres principios que hemos extraído del pasaje de Romanos. Sólo por repasar, hemos aprendido hasta ahora que los creyentes no piensan lo mismo acerca de asuntos que no son esenciales. Y segundo, que el área de la libertad cristiana tiene realmente el potencial de crear tensiones en las relaciones armoniosas entre creyentes genuinos. Y tercero, que, para evitar esta desarmonía y esta división, necesitamos seguir centrándonos en las verdades principales del evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Ahora, en este estudio repasaremos otros dos principios que están basados en estas instrucciones que Dios nos dio en Romanos 14.

Así, el cuarto principio: no todos los creyentes en una familia de iglesia tienen la misma madurez en la fe. El apóstol abre este capítulo refiriéndose a una categoría específica de creyentes. Escuchen lo que escribió, en el versículo 1: «Recibid al débil en la fe». Él contrastó esto con los fuertes en la fe, entre los que se incluye él mismo, como verán en el capítulo 15, versículo 1, donde Pablo escribió: «Así que, los *que somos* fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles». Ahora, es muy importante para nosotros definir al débil y al fuerte en la fe, para entender este capítulo. ¿Quiénes son los débiles en la fe en nuestra familia de la iglesia? ¿Son ellos los estrechos de mente? ¿Son ellos los legalistas? ¿Son ellos incluso los supersticiosos? Ellos no son ninguno de estos. Todas estas etiquetas se usan equivocadamente para describir a aquellos creyentes que mantienen diferentes puntos de vista en el área de la libertad cristiana. De hecho, estos débiles en la fe pueden ser muy tiernos de corazón. Muchos de ellos están buscando sinceramente servir a Dios y agradarlo. Ahora, por supuesto es posible que cierto número de ellos hagan juicios, o sean dominantes, o incluso legalistas, pero no siempre es así con los débiles en la fe. Muchos de aquellos que sienten que estaban mal comer algunas comidas u omitir algunos días festivos, lo hacían porque se sentían violados en su conciencia. Es, por tanto, importante para nosotros definir claramente al débil en la fe.

Así, primero que todo, asegurémonos de que leemos bien cómo Pablo los describe. Notemos, Pablo no escribe que eran débiles «en fe» sino que eran débiles «en la fe». Una persona que es débil en fe es aquella que lucha por creer o confiar en el evangelio de Jesús. Pueden luchar por creer en las promesas de perdón por todas sus faltas. En otras palabras, el débil «en fe» lucha por la seguridad de la fe. En este capítulo, Pablo no está escribiendo de ellos. Él los tenía en mente cuando escribía los capítulos 5 al 11 en este libro, y en esos capítulos trató los asuntos de la

seguridad de la fe desde distintos ángulos. Pero en los capítulos 14 y 15, él está dirigiéndose a los débiles «en la fe». Así, ¿quiénes son los débiles en la fe? Bien, son las personas que todavía no tienen claras las enseñanzas acerca del evangelio de salvación. Seamos claros: los débiles en la fe eran cristianos reales. Habían nacido de nuevo, se habían arrepentido mirando a Cristo para salvación, sin poner ninguna confianza en sí mismos o en cosa alguna que ellos hicieran. Sin embargo, ellos sólo tienen un débil entendimiento de la plenitud de la libertad del evangelio. Están comprendiendo imperfectamente las doctrinas cristianas de salvación solo en Cristo. En Roma, probablemente eran antiguos judíos, criados en las tradiciones de los fariseos y todavía no habían entendido plenamente que las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento habían sido anuladas por la muerte de Jesucristo. Así, estos hermanos, temerosos de Dios, todavía se sentían obligados en conciencia a mantener las antiguas formas. Ellos todavía vivían mucho bajo los principios del «no toques», «no pruebes», «no uses» de las leyes y tradiciones judías. Y posiblemente, algunos de ellos eran legalistas, inclinándose hacia una religión basada en las obras, pero debemos de resistir la tentación de poner a todos ellos en esta misma categoría.

Hoy, todavía nos encontramos con tales creyentes en nuestra congregación, que han crecido, tal vez, en un contexto cristiano, aunque no regenerados. Por ello, sus conciencias están moldeadas por cómo han sido criados, y habiendo sido llevados bajo la obra de convicción del Espíritu Santo —todos nosotros, por supuesto, sentimos un impulso para limpiar nuestras vidas; y cuando los tales finalmente han llegado a confiar en Jesucristo, todavía tienen una conciencia muy sensible acerca de algunos asuntos del estilo de vida con los que fueron criados. De hecho, algunas veces llegan a ser más celosos en estos aspectos, pensando que esto es lo que corresponde a ser salvos. Déjenme explicar esto con un ejemplo. Imaginen a un creyente judío que, a la mitad de su vida, se convierte en cristiano. Así, durante toda su vida ha estado inmerso en un contexto religioso muy estricto. Sus amados padres, y abuelos, y familia, y vecinos, líderes y maestros han insistido en la separación total del mundo, la pureza, y en distintos códigos estrictos de comportamiento. Básicamente, se les inculca que aquellos que viven así son super espirituales. Y por ejemplo, pueden que nunca usen un auto. Pensemos en eso. Esta educación ha llegado a ser muy habitual y ha moldeado su conciencia. Y ahora, se ha convertido en cristiano. Ha experimentado el gozo de la salvación a través de los méritos de Jesús en su vida y en su muerte. Él adora a Dios. Se regocija en Cristo y en su obra y no pone su confianza en la carne. Sin embargo, todavía tiene un gran problema de conciencia en subirse a un auto. Simplemente se siente mal. Su conciencia se siente contaminada cuando se sube a un auto. Ahora, podemos sentirnos tentados a ridiculizar esto, o a oponernos vigorosamente. Podemos estar impacientes con su corazón cargado por el hecho que nosotros usamos los autos. ¿Pero cuál es ahora la voluntad del Señor acerca de cómo debemos proceder con él? Ahora, esta respuesta se encuentra en Romanos 14, versículo 15, como veremos.

Ahora, el otro grupo que Pablo identifica son los fuertes en la fe. Estos son los creyentes cristianos que tienen un entendimiento mucho mejor de la plena amplitud de sus privilegios cristianos. Los fuertes han hecho los mayores progresos en entender la revelación de la salvación en el Nuevo Testamento. Se dan cuenta que, a través de la muerte expiatoria de Cristo, fueron librados del yugo de la ley, al que Pedro hacía referencia, por ejemplo, en Hechos 15:10, cuando dice: «Ahora, pues» —hermanos— «¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?». Y por la obra iluminadora del Espíritu Santo, los fuertes en la fe entendieron su libertad en Cristo. Entendieron que los pequeños detalles de comida o bebida y otras restricciones impuestas por las leyes mosaicas, así como distintas tradiciones de los judíos, ahora están obsoletos. Ser conscientes de estas diferencias y el grado de comprensión del evangelio en una familia de la iglesia es crucial. Cada líder de iglesia, como Pablo, debería estudiar cuidadosamente estos capítulos y enseñar los

principios en sus congregaciones. Entonces, ellos han de enseñar por el ejemplo, como hizo el apóstol. Pablo practicó lo que predicó en este capítulo. Aunque era fuerte en la fe, escuchen cómo él manejaba sus propias convicciones, tal como está registrado en 1 de Corintios 9, versículos 19 al 23: «Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que *están* sujetos a la ley, como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los *que están* sin ley, como si *yo estuviera* sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo)» —¿y por qué— «para ganar a los que *están* sin ley. Me he hecho a los débiles como débil, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que por todos los medios salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio». Entonces, por ahora, aceptemos este hecho como cierto: no todos los creyentes en la familia espiritual del Padre tienen la misma madurez espiritual.

Como hemos de manejar esto, es el quinto principio. Pues el quinto principio es que los fuertes deben sobrellevar las flaquezas de los débiles en la fe. Al explorar este quinto principio, estamos realmente entrando en el corazón de las instrucciones de Dios acerca de cómo manejar el asunto que pertenece a la libertad cristiana. En este quinto principio, seguiré primeramente las instrucciones de Pablo a los fuertes en la fe.

La primera acción se da en el versículo 1: «Recibid al débil en la fe». Un hermoso ejemplo de esta palabra «recibid» se encuentra en Hechos 28, versículo 2. El pueblo de Malta recibió a los supervivientes del naufragio con gran humanidad, y los arroparon con el ministerio de amor. Esto es la palabra «recibid». De la misma manera, hemos de recibir al débil en nuestros afectos con bondad y comprensión de sus necesidades. Y aunque estemos tentados de evitarlos o aislarlos, los fuertes han de hacer exactamente lo contrario. El ejemplo más hermoso de «recibir» es lo que Dios mismo hace. En el versículo 3, Pablo escribió: «porque Dios le ha recibido». Amigos, si Dios recibió al débil en la fe con sus escrúpulos, ¿por qué no deberíamos nosotros? En el capítulo 15, versículo 7, Pablo dirige nuestros pensamientos al ejemplo de Jesucristo mismo: «Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios».

Ahora, en segundo lugar, Pablo añadió: «Recíbidle... *pero* no para contender sobre opiniones». Los fuertes habían de ser cuidadosos de no perturbar los puntos de vista y las prácticas en conciencia de los débiles en la fe. Ahora, a los fuertes se les prohíbe no agravar un asunto que era sensible para el débil. En otras palabras, no empujarlos, no forzarlos, con debates ardientes o fuertes objeciones. Tampoco con desdenes y rechazos bruscos. No, hemos de recibirlos tiernamente, reconociendo sus prácticas o convicciones diferentes. Hay que permitirles que sean ellos mismos sin presiones indebidas para apartarlos de sus convicciones. Aquí, los fuertes en la fe han de ser pastores de las ovejas más jóvenes. Estas han de ser guiadas en vez de ser forzadas por nuestro fuerte razonamiento. Así, esta instrucción inicial del Señor no significa que nunca hemos de hacer ningún intento para alumbrar al débil en la fe, de manera que ellos lleguen a ser fuertes en la fe. Pero los detalles de este muy importante asunto, los discutiremos más en profundidad en las siguientes sesiones.

Entonces, en tercer lugar, el apóstol exhorta en el versículo 3: «El que come no menosprecie al que no come». ¡Cuán fácil es hacer esto con aquellos que tienen escrúpulos que los fuertes encuentran innecesarios! Encogemos rápidamente los hombros mientras los miramos con desprecio y los menospreciamos por sus puntos de vista. Ahora, despreciar es considerar a alguien con desdén, como siendo innecesariamente escrupuloso con algo. Esta respuesta despectiva puede ser verbal, pero muy a menudo incluso no verbal. Amigos, nuestro lenguaje no verbal que los débiles sienten puede ser: «¡Ah! Tus puntos de vista son ridículos. Los toleramos, pero nos estás frenando. Tu posición obstaculiza esta iglesia. Ojalá pudieras madurar». Ahora, esta es una forma de despreciar a los débiles, más bien que recibirlos en amor.

Bien, en cuarto lugar, y esto se aplica a ambos grupos, los fuertes y los débiles en la fe, ellos han de mostrar respeto a las convicciones de los otros hermanos y hermanas. No somos llamados ni siquiera a hacer un juicio sobre cosas en las que Dios no ha comunicado su voluntad, sino que nos ha dejado con libertad. Dios es el juez. Y para él, cada creyente es responsable. Y Pablo nos recuerda acerca de esto en el versículo 4. Él dice: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae». Ahora, la pregunta implícita en este versículo es: «¿Quién te dio el derecho de sentarte en juicio a otros?» Así, Pablo establece la voluntad de Dios, en los versículos 5 y 6, de mostrar respeto por las convicciones de cada uno. Él dice: «Uno hace diferencia entre día y día, otro juzga *iguales* todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, *lo* hace para el Señor; y el que no hace caso del día, no *lo* hace para el Señor. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios». Ahora, de nuevo, esta exhortación se aplica tanto al fuerte como al débil en la fe. Ambos pueden estar en desacuerdo en asuntos del ámbito de la libertad cristiana, pero ambos están buscando honrar a su Señor. Ambos están ansiosos de hacer lo que agrada a su Señor y su Redentor. Ambos dan gracias por lo que comen, o por lo que ellos ponen aparte para un propósito sagrado. Ninguno de ellos está actuando en su propio interés, como lo reflejan los versículos 7 y 8, pues dicen: «Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos». En otras palabras, tanto el fuerte como el débil están unidos en este punto. Ambos desean vivir y actuar para la honra de Dios, haciendo su voluntad.

Y por consiguiente, el curso de acción es que cada creyente examine la Escritura y a sí mismo y actúe de manera correspondiente. La voluntad de Dios es clara: «Cada uno esté plenamente persuadido en su mente» (versículo 5). Estas palabras, «esté plenamente persuadido», denotan la más alta convicción. En otras palabras, no es sólo un asunto de opinión, o prejuicio, o sentimiento. No, más bien ha de ser un asunto en el que la mente se decida por las conclusiones personales del estudio de la Palabra de Dios. Ahora, sólo para asegurarnos de que no malinterpretemos esto, esta instrucción no pertenece al ámbito de la moralidad que está definida en la Palabra de Dios. No, se aplica al contexto aquí a las cosas ceremoniales, a las libertades personales, a las costumbres familiares, a los asuntos sociales o a los aspectos culturales que no están definidos en la Santa Biblia, como voluntad de Dios para la vida y la fe. Y si, como creyentes, están convencidos de que está mal comer ciertas comidas, entonces por todos los medios abstente. Si eres de la opinión contraria, entonces disfrútala, mientras das gracias. O si te sientes convencido a ayunar cada Día del Señor, entonces por todos los medios, hazlo para el Señor. Y si, como iglesia, están convencidos que para vuestra edificación y provecho personal es útil poner aparte un día para conmemorar el nacimiento, o la muerte, o la resurrección, o la ascensión de nuestro Señor Jesucristo, entonces, por todos los medios, haced esto para el Señor. Pero si alguno dedica este tiempo a las labores comunes de cada día, estando convencido de que no hay mandato bíblico para apartar este día, nadie puede con falta de caridad juzgarlo por ello. Muchos cristianos marcan, por ejemplo, el 31 de octubre como el Día de la Reforma. En ninguna parte de la Biblia se ordena esto, pero tampoco la Escritura nos prohíbe conmemorar los actos de Dios en un día anual especial reservado para ello. Así nadie ha de ser censurado o ha de recibir oposición por hacer esto, pero tampoco nadie tiene permiso para presionar a otros a observar esto como un asunto de conciencia, o tal vez censurar a otros por no celebrar el inicio de la Reforma.

Así, déjenme concluir esta sesión con un hermoso consejo dado por uno de los pastores del siglo VII, quien dijo esto: «En cosas necesarias, unidad; en cosas indiferentes, libertad; pero en todas las cosas, amor». Gracias.